

---

Mayo

En matemáticas, toda destrucción de formas puede describirse por la desaparición de los atractores que representan esas formas iniciales y su remplazo por otros. Lo mismo ocurre entre individuos y entre comunidades.

Estos procesos son conocidos como catástrofes.

Los únicos acontecimientos importantes en la vida de un individuo o de una comunidad son esas catástrofes. Las catástrofes son lo último que se borra de nuestra memoria.

Ésta es la historia de una catástrofe entre dos personas. Es también la historia de la catástrofe de un pueblo.

En esta historia Anselmo Santiago tenía veintiocho años. Tres viviendo con Mariana Hernández. Tenía, además, casi un año sin empleo. Harían falta siete meses, de mayo a noviembre, para que todo en su relación y en la ciudad se fuera a la mierda.

Ésta es la historia más feliz que Anselmo Santiago conoció.

En un sector de la generación de mexicanos de clase media a que Anselmo y Mariana pertenecían, solía confundirse la lógica de los mercados y las prácticas de consumo con una moral liberal y progresista. La idea de compromiso, de enamorarse o entablar un vínculo sentimental duradero hacia un compañero sexual era considerada, por tanto, obsoleta. Reaccionaria. Incluso peligrosa. Y ellos dos habían decidido tirarse de cabeza al despeñadero. Cualquiera que los hubiera observado entonces, diría que era una mentira el que Mariana y Anselmo fueran la misma gente que, llena de expectativas y en libertad, había optado por vivir en unión tres años antes. Las mismas dos personas que habían empeñado el mayor porcentaje de sus energías de los últimos años en la elaboración y sostenimiento de un proyecto de vida en común. Anselmo mismo, de poder desdoblarse para ver el cuadro entero, no daría un peso por ambos.

Anselmo era de Zacatecas. Clase media baja. Hijo y heredero de nada en particular, salvo de una timidez casi pedestre. Llegó a

Oaxaca a los veinticinco años un poco por accidente. Sobrevivía de empleos eventuales y mal remunerados. Casi siempre como profesor de matemáticas en secundarias y preparatorias privadas que no otorgaban ninguna prestación de ley. Creyó, sin embargo, que la experiencia en esa ciudad lo compensaría con creces. No erró. Estaba por inaugurarse la que a la larga él consideraría la época más feliz de su vida.

El número mágico, en su caso, fue el tres. Al tercer mes de residir en Oaxaca conoció a Mariana. Tres semanas bastaron para irse a vivir juntos. Tres años. Lo que algunos antropólogos y darwinistas afirman que dura la experiencia que reconocemos como amor. Es decir, la etapa en que los cerebros de una pareja producen fenil-etilamina como dos máquinas desaforadas operando igual que el cerebro de un usuario habitual de anfetaminas. Al término de ese periodo, similar a una droga dura que deja de suministrarse de un día para otro, sobreviene la resaca insufrible y espantosa. Dichosos de aquellos que logran salvarla y sobrevivir en el intento, porque de ellos será el reino de los opiáceos. El stupidizamiento del matrimonio. El placebo del adulterio. O, dicho de otra forma, el carril lento de las endorfinas.

Este último no fue el caso de Anselmo y Mariana.

No es que antes se hubierapreciado de tenerlos pero, cuando llegó a Oaxaca, Anselmo no contaba con muchos amigos. Fue un profesor de uno de los varios colegios donde impartía clases de matemáticas el que lo invitó a una fiesta un sábado después del día de la Independencia en el Café Central. Anselmo no estaba tan convencido. Dada la porfía y buena voluntad puestas en el intento del profesor por sacarlo del ostracismo de su temperamento norteño colindante más bien con el montaraz, Anselmo se vio orillado a aceptar.

Creo que no me acuerdo de tu nombre, le dijo Anselmo en aquella ocasión a una muchacha de perfil victoriano y hombros patricios. Cabello recortado a la moda. Espalda de una rectitud insoportable como la de una bailarina de ballet y rematada en una depresión lumbar a la que sólo unas nalgas olímpicas oponían resistencia. Había emergido del gentío de la fiesta hasta el zaguán solitario del Café Central donde Anselmo se encontraba matando el tiempo.

Eres Pamela, ¿no?, dijo por decir cualquier nombre.

Ella se quedó mirándolo.

Anselmo la había visto bailar durante la noche sin hacer caso de la nube de hombres a su alrededor. Había ensayado las perspec-

tivas de acercársele mientras la contemplaba moverse en la pista y llegó a la conclusión de que sería mucho menos complicado abordar a la amiga, una morena delgada y simpática de piernas largas, pero que no reunía ni la tercera parte de la elegancia de la primera. Luego de muchos devaneos, Anselmo se convenció de que de todas formas lo mejor era concentrarse en beber mezcal durante lo que restara de la fiesta y largarse a dormir solo mientras aún pudiera sostenerse en pie. Volver a su casa y vaciar el tanque de modo manual.

Anselmo Santiago nunca sospechó que ése iba a ser su día de suerte.

No, le respondió Mariana divertida por la confusión. Pamela es mi amiga. Yo soy Mariana. Mariana Hernández.

Mucho gusto, Mariana Hernández. Yo soy Anselmo. Anselmo Santiago.

Mariana se sentó a su lado. Se cruzó de piernas con un ademán aristocrático y el vestido corto expuso más de la mitad de sus muslos. Anselmo hizo un esfuerzo consciente por no mirar. Un hilo de focos de colores guindados sobre el dintel de ladrillo desnudo como una serie navideña era todo lo que los iluminaba. No había nadie más en el zaguán. Salvo los meseros, que entraban y salían del cuarto de servicio. Anselmo creyó que Mariana se sentía obligada a la cortesía de saber si le molestaba el humo. Como dijo que no, ella sacó una cajetilla de cigarros y encendió uno. Le ofreció otro pero él se negó. Les llegó entonces el beat renovado y el clamoreo desde el interior del bar.

Qué buena noche hace, dijo Mariana soltando el humo.

Anselmo volteó al cielo mientras las notas bajas cimbraban las monturas de los cristales de las ventanas. Tuvo un segundo para echarle un ojo a sus muslos sin ser descubierto.

Al cabo de quince minutos, averiguó que podía hacer reír a Mariana con facilidad. Y que no sólo podía suscitar entre tanto la atención de sus grandes ojos verdes, sino hacer que sus pupilas fueran de arriba abajo y de un lado a otro mientras él hablaba de cualquier cosa. Como si por primera vez la textura y la forma de su propia cara fueran asuntos de gran interés para alguien.

¿Quieres un trago?, dijo Anselmo acercándole el mezcal que había estado bebiendo cuando comprobó que era el único borracho de los dos.

Mariana se dedicaba a fumar con compulsión, pero no bebía.

¿Me quieres matar?

Nah, Anselmo metió la nariz a la boca del vaso como coartada. Ni siquiera es tan fuerte.

Da lo mismo que me dieras veneno. Tengo diabetes.

Ja.

La tengo desde niña, dijo sosteniendo la respiración para luego exhalar el humo. ¿Y tú siempre tomas solo?

Es mi cumpleaños. Estaba esperándote. Tú debes ser mi regalo.

Pfff... ¿De veras te funciona esa mierda?, le sonrió sin dejar de hacer bailar sus pupilas. Debes estar muy urgido.

Hubo un silencio.

Oye, dijo Mariana. ¿Nunca vamos a hablar en serio?

Nunca he hablado tan en serio.

Mariana estacionó al fin sus ojos en línea recta con el horizonte de los de Anselmo, tan luminosos que, a pesar de la exigua luz, pudo verse reflejada en ellos. No los volvió a mover de esa posición más que para pestañear por el humo del cigarro.

¿A qué te dedicas, Anselmo?

Soy estibador.

Estaban tan juntos, sentados lado a lado entre el espacio que dejaban libre las macetas con palmas y enredaderas en un descanso de concreto, que Mariana debió echar el cuerpo hacia atrás para alcanzar a verlo entero. Lo examinó desde la frente hasta los pies con un gesto que pretendía comunicar una suspicacia divertida.

No, en serio.

En serio, dijo él. Trabajo de estibador en el mercado 20 de Noviembre. Te he visto pasar los sábados.

Le habría enseñado las palmas de las manos para corroborarlo si no intuyera que Mariana era de sobra sagaz para distinguir la diferencia entre los callos de un obrero y las ampollas obtenidas por lo que él consideraba un pasatiempo burgués. Durante el mes anterior, siguiendo quién sabe por qué el consejo del mismo profesor que lo arrastró a aquella fiesta, había concurrido durante dos semanas a un gimnasio en el que jamás volvió a poner un pie después de ese periodo. Fue en este punto de la conversación que se percató de lo borracho que estaba.

Pero desde el lunes tendré un trabajo mejor, dijo. Mesero de turno nocturno en el VIP's del centro.

Excelente, dijo Mariana. Una razón más para nunca comer en ese lugar tan espantoso.

No importaba que continuara traslapando disparates, Mariana igual bebía de sus palabras y se lo comía con los ojos sin dejar de sonreír. El perfume de ella y su cabello olían muy bien cada vez que Anselmo se acercaba a decirle algo. Se sentía bien. Se sentía muy bien estar a su lado.

Ya. Pero no me refiero a eso, dijo Mariana bajando la voz una octava y aproximándose a él para hacerse oír por encima del volumen de la música, que era cada vez más alto. Quiero decir, qué es lo que te interesa. Qué es lo que de veras te interesa hacer.

Sólo hay una cosa que me interesa hacer ahora, dijo Anselmo. Pero si te la dijera te irías corriendo de aquí.

Ah, ¿sí?

Hubo un nuevo silencio entre ellos.

Mariana se puso en pie sobre sus tacones altos con un solo movimiento. Apagó el cigarro en el piso y jaló a Anselmo del brazo para que la siguiera.

Cállate y vamos a bailar, dijo ella. Cuando terminemos ya veré si quiero o no que me lleves a tu cama.

Mariana Hernández provenía por la rama paterna de una familia acomodada de empresarios de la construcción originaria de Pinotepa Nacional. Era una familia de dinero viejo y de costumbres que, si bien mantenía una sana lejanía con respecto a la influencia perniciosa de la iglesia católica, apelaba sin embargo a valores supuestamente inherentes a la familia tradicional. Cosa que a Mariana la hacía marcar distancia. Su madre, en cambio, era una arquitecta de ascendencia alemana bastante más liberal. Era una mujer de quien a todas luces Mariana heredó el temperamento. Afiliada en la juventud al Partido Comunista de México, desertó desencantada por sus crecientes convicciones feministas que, a su juicio, chocaban con la hegemonía androcéntrica del partido. Había llegado a la región de la costa de Oaxaca con un grupo de profesores y estudiantes de la UNAM cuyo objetivo era montar un proyecto de viviendas autosustentables en la segunda mitad de los años setenta. Aunque pasaban temporadas en Oaxaca y en Pinotepa Nacional, sus padres vivían mayormente en la Ciudad de México, donde Mariana se crió. Ella era la menor de tres hermanos, pero la única de ellos que sintió la inquietud de salir a estudiar desde temprano al extranjero. Su madre, de visión de mundo bastante más abierta que el marido, fue la principal promotora de enviarla a continuar la preparatoria en Canadá. Mariana, tal como le confesó a Anselmo cuando se cono-

cieron, había nacido con diabetes del tipo uno, por lo que le fue inculcado desde niña un modelo inamovible de vida basado en hábitos y rutinas estrictas para mantener a raya la enfermedad. Les intranquilizaba a los padres en un inicio el que no pudiera hacerse responsable por sí misma de su salud en el extranjero. Y no era para menos. Durante la pubescencia su enfermedad había fungido como una bomba silenciosa de comportamiento impredecible, previo a que se estacionara de manera definitiva en la adultez. Antes de Canadá, Mariana sorteó un largo periodo depresivo ocasionado por la extenuación emocional a la que la mantenía enyugada la tiranía de las inyecciones diarias de insulina, los horarios inamovibles y racionados para los alimentos, la angustia respecto al exceso de actividad física o la poca actividad física, la prohibición de salir o viajar con sus amigas sin la vigilancia de los padres y demás restricciones que le dificultaban encajar en el mismo contexto que sus amigos y compañeros de escuela, a quienes, dicho sea de paso, ella consideraba normales. Ella, bajo ese mismo criterio, no podía sino considerarse a sí misma anormal. Los padres guardaban sus reservas sobre si Mariana podría llevar una vida autónoma lejos de la estabilidad que le garantizaban las rutinas planificadas. Pero de cualquier forma lo hizo. Llegaron a la conclusión de que abrir la burbuja de protección sería lo más beneficioso para se que forjara un temperamento. Pero, en cambio, años después la decisión de Mariana de inscribirse en la Universidad Pedagógica Nacional para estudiar la carrera en Educación, algo bastante más trivial que mudarse a un país desconocido, no fue tan bien vista por ninguno de sus progenitores. Antes que sobre cualquiera de sus otros dos hijos, tenían sembradas en ella expectativas mucho más elevadas que, por no encajar en la óptica mercantil de uno ni en la visión progresista de la otra, una vida como docente según ellos simplemente no alcanzaría a potenciar. Frente a la pertinacia de Mariana de inscribirse en la Universidad Pedagógica y su decisión de independizarse con la anuencia de sus padres o sin ella, no encontraron opción mejor que mantenerla en la Ciudad de México con una pensión mensual durante los cuatro años que duró la carrera, al cabo de los cuales se titularía con honores y una tesis sobre el TDA. No pasó un semestre de haber terminado la licenciatura cuando fue becada por la Universidad de Berlín para cursar una maestría en métodos de educación para personas con problemas de aprendizaje, de la que se graduó con una tesis sobre el Síndrome de Asperger. Después de su estadía en Berlín, Mariana realizó dos es-

tancias cortas en Barcelona y California con el pretexto de tomar cursos en su especialidad. Lo que pretendía con esas extensiones artificiales de la carrera no era más que postergar al máximo su vuelta a México. Sin embargo, después de un tiempo no tuvo alternativa. Lo hizo poco después de que el grifo de la subvención académica se cerró. Consiguió arreglárselas en San Diego durante un periodo extra en el que hizo malabares con empleos ilegales y mal retribuidos y en el cual compartió los gastos y el departamento con un novio colombiano que la había seguido incondicionalmente desde Berlín. Mientras tanto, la otra mitad del tiempo la gastaba en emprender todo cuanto estuviera de su parte para hacerse de una plaza como docente en diversas universidades del estado. La llamaron a varias entrevistas y fue admitida en los períodos de prueba en dos de sus primeras opciones. Al final del proceso, no obstante, la gente de recursos humanos de ambas instituciones se vio imposibilitada para incluirla en el seguro médico grupal de la plantilla docente debido a su historial médico y su condición de insulino-dependencia. La póliza para un seguro individual por su cuenta era la alternativa, pero el costo era estratosférico. Así que tan pronto como caducó el periodo legal de residencia, estuvo obligada a salir del país. Con veintitrés años, y descorazonada, fue que volvió sola a México.

Mariana se instaló en la Ciudad de México con el fin de hacer lo que ella consideraba una escala técnica mientras se presentaba algo mejor. Aunque no pudo soportar demasiado en la capital antes de escaparse a Oaxaca, donde encontraría, a decir de ella, por lo menos un ambiente menos opresivo. Es decir, lejos de sus padres. Aquella fue una temporada difícil. El cambio imprevisto en sus planes debió valerle lo mismo que una enérgica sacudida en la que ella sólo alcanzaba a vislumbrar una única posibilidad. La del retroceso. El anquilosamiento. El anestesiamiento de su pasión y de sus ambiciones. Su objetivo era conseguir un empleo transitorio que la ayudara a recaudar fondos suficientes para, en la primera oportunidad, largarse otra vez de México. Entre más pronto, mejor. Pero su salud le cobró factura por el tren de vida que había llevado desde hacía años sin detenerse una sola vez a tomar un respiro y, en Oaxaca, sufrió una recaída en los niveles de insulina que la desestabilizó. Estaba justo librando ese trance cuando conoció a Anselmo aquella noche en el Café Central.

Mariana y Anselmo bailaron hasta que terminó la fiesta. Fueron los últimos en salir del bar. Daban pisotazos entre vasos des-

echables y botellas vacías con la música postrera y la media luz cuando Anselmo se percató de que el final descubierto de la espalda de Mariana, su cintura, sus caderas, se adaptaban a su brazo como si estuvieran hechos a la medida. Lo comprobó cuando la vio desnuda, sentada sobre la cama de su cuarto, al amanecer. Mariana se dio cuenta de que la observaba. Apagó el cigarro que había estado fumando contemplativa, luego de venirse por cuarta o quinta vez en la madrugada. Se recostó a su lado y lo besó en los ojos.

Es en serio, Anselmo, dijo ella. Eres la persona más rara que he conocido.

Pasaron tres semanas antes de que hallaran un buen sitio adónde mudarse a vivir juntos. La mudanza fue de lo más sencillo. Ni a ella ni a él les gustaba cargar con equipaje pesado. Y, en todo caso, arrojarse de cabeza al despeñadero de lo desconocido con alguien más nunca ha requerido demasiado equipaje. Incluso es mejor prescindir de él.

Fue Mariana quien dio con el departamento por recomendación de una amiga. Fueron juntos al barrio de Xochimilco para verlo enseguida. Resultó ser magnífico. Mucho mejor de lo que habían previsto que encontrarían con su presupuesto. Nada mal para iniciar. No tuvieron reparos en pagar un mes de anticipo como depósito, ni en firmar el contrato de arrendamiento por un año. Era el mismo plazo que secretamente Mariana se había impuesto para reunir algo de dinero antes de salir de México. El propósito central de Mariana, que logró contagiarle a Anselmo desde un inicio, era pagarse un doctorado en Europa. Él, que a sus veinticinco años jamás había salido del país, la acompañaría. Cómo no. Anselmo fue guardando con gusto el poco extra que alcanzaba a raspar de sus honorarios para darle de comer a la alcancía.

El viaje. La vida compartida. El orden. La seguridad. La salud. La educación. Oportunidades y beneficios del primer mundo. Fue así que éstos se convirtieron en su tema medular. Era rara la ocasión en que conferenciaban de otra cosa frente los amigos e inclusive entre ellos mismos cuando se hallaban a solas. Tenían muy altas esperanzas puestas en ese viaje, las baterías orzadas en una clara dirección. Como pareja tenían un objetivo. Era algo que de manera individual deseaban realizar desde hacía mucho, y puede decirse que el hacer coincidir el proyecto nutría la relación, la dotaba de cauce y, en los peores momentos, la restituía y colmaba de sentido. El viaje. Cada sacrificio hecho para alcanzarlo cobraba un doble significado.



Los ennoblecía como individuos y ante ellos mismos. No había acción o movimiento estratégico de su parte que no incidiera en encarnar un peldaño más para lograrlo.

No obstante, y sin percatarse cómo, al finiquitarse la anualidad el contrato de arrendamiento se hizo extensivo a dos. Dos años que a la larga se convertirían en tres. El fatídico tres. Tres años en los que ni Mariana ni Anselmo, por mucho que se esforzaran en ello, y vaya que lo hacían repartiéndose entre múltiples trabajos y aceptando horas extras y censurándose lo que entendían ellos como placeres onerosos, pudiesen nunca recabar el dinero necesario para un viaje igual al que tenían por meta. Una meta, sin embargo, eventualmente más difusa e inasible. Una fantasmagoría borroneada en el horizonte de la tierra febril por donde habían caminado sin descanso a lo largo de esos tres años.

Era un mediodía del que se recordaría como el mayo más caluroso en décadas. Anselmo salió a primera hora para estar a tiempo en una entrevista de trabajo en una escuela preparatoria de San Felipe, al norte de la ciudad. Después de acudir a la cita, tuvo el resto del día libre. De hecho, hacía casi treinta días que todos sus días podían considerarse libres. Recorrió a pie y sin prisas desde el límite de la ciudad en lo más alto de San Felipe hasta el centro, kilómetros abajo. Resintió la resolana al cabo de casi dos horas. A la altura de la Facultad de Derecho buscó un sitio dónde descansar. El edificio estaba tomado por los profesores del sindicato. Siguió por Macedonio Alcalá y no se detuvo sino en el zócalo, donde hervía una muchedumbre. Fue a sentarse en una banca de hierro vaciado bajo un alto sabino de las jardineras de la Alameda donde se agolpaban los vendedores ambulantes, a un costado de la catedral monolítica como un bloque arenoso de cantera. A pesar de ser mediodía, las puertas estaban cerradas. En torno suyo, sobre la plancha del zócalo, había emergido una vecindad hechiza, una colonia de lonas de plástico rectangulares sujetadas a través de mecates tensados a los postes, a los árboles y a otros edificios. Debajo de esas carpas se alojaban hileras de casas de campaña individuales, colchonetas, bolsas de dormir, sillas de plástico, guacales y anafres, televisores y radios, mochilas e incluso maletas. Un remolino de personas aparejando un emplazamiento callejero, un asentamiento humano de millares que había brotado de la noche a la mañana sin que Anselmo se diera

cuenta. Desde lo más alto de los cerros, la vista de las calles centrales debía ser la de un toldo único compuesto de múltiples retales bordados entre sí, un impermeable gigante confeccionado para guarecer a la ciudad de la intemperie. Una ciudadela dentro de otra. De oeste a este por Independencia y de norte a sur a través de Alcalá y García Vigil, las calles estaban tomadas. Las manzanas del primer cuadrante del centro clausuradas al tráfico de automóviles. La gente transitaba a pie y con dificultades entre las piolas como una red de araña a la altura de sus cabezas, entre las estructuras tubulares de hierro de las carpas, las bolsas de dormir y las sillas despatarradas aleatoriamente sobre el adoquín. En las cercanías olía mucho a plátanos fritos y a carbón de los anafres para tlayudas. En tanto, aquellos profesores que parecían liderar el asentamiento se comunicaban a través de perifoneo. Pasaban lista. Convocaban a reuniones. Los grupos a su cargo de mujeres y hombres pintaban pancartas, repartían volantes, se organizaban. Los desocupados jugaban a las cartas o leían los periódicos tumbados en sus colchonetas. En tanto que otros no hacían sino deambular. Una de las mujeres del perifoneo pasó cerca de Anselmo y le entregó un panfleto. El sindicato magisterial emplazaba a huelga luego de que su pliego petitorio fuera desoído por el gobierno. Anselmo leyó incrédulo y alzó la vista en torno suyo. Miles de profesores de todo el estado.

En la explanada de la catedral algunos profesores habían improvisado una cancha de fútbol para matar el tiempo. Dos montículos de ropa y piedras hacían las veces de postes imaginarios que delimitaban las porterías. Los equipos eran de cinco más un portero. Otros tres equipos aguardaban haciendo reta en la valla de cantera que delimitaba la explanada. Grupos de curiosos y vendedores ambulantes se reunían alrededor, contemplaban el desarrollo del juego y después, si no les tocaba la suerte de ver goles, se iban.

Anselmo los observó con interés desde su banca. Había un equipo más joven que el promedio. Aquellos que entraban a hacer la reta cada que los otros recibían tres goles, debían descamisarse. Ellos, sin embargo, mantenían sus camisetas. Playeras negras sin mangas con insignias de bandas de punk o death metal. Eran tan buenos que su portero permanecía la mayor parte del tiempo sentado en su portería. Uno de éstos, el más bajito y esmirriado, era incansable. Cada que tomaba la pelota, daba la ilusión de escurrirse entre las piernas de los rivales hasta entrar una vez tras otra en la portería contraria sin necesidad de patear con fuerza. Recorría la cancha de lado a lado,

quebraba algunas caderas a base de habilidad y rapidez y le sobraban aún arrestos para ir a celebrar sus goles. Daba gusto verlo. Sólo cuando lo llamaron por su nombre Anselmo supo que era una muchacha.

Anselmo se quitó el saco que se había puesto por la mañana para la entrevista de trabajo. El forro a la altura de las axilas mojado por el sudor. Lo dobló con cuidado y lo colocó encima de sus piernas para no arrugarlo. Se secó la frente y la nuca con el puño de la camisa. La carpeta que contenía su currículum y las solicitudes de empleo quedó retorcida. La había llevado debajo del sobaco todo ese tiempo. La puso sobre la banca e intentó plancharla con la palma de la mano, pero cada vez que lo hacía, la cartulina volvía a retorcerse como una oruga. Algunas líneas de tinta de los documentos se habían corrido y formado un único manchón azul. Las palomas lo observaban. Si esos bichos pudieran reírse Anselmo diría que se estaban riendo de él en esos momentos. Imbéciles. Golpeó el piso con las suelas y dieron unos pasos hacia atrás, zurearon, cabecearon nerviosas, pero no se fueron.

Alguien desde la cancha improvisada pateó mal el balón. Salió volando por la banda lateral, rebotó en el piso con efecto y se elevó peligrosamente sobre los toldos de los puestos de comida en dirección de Anselmo. Él se levantó de un salto y mató la pelota con la parte interna del zapato. Las palomas volaron con un restallido de alas. Anselmo machucó la bola para alzarla con el empeine hasta la altura de sus hombros, sin tocarla nunca con las manos, y despejó de un golpe de zurda para ponerla en el aire en una parábola perfecta que culminó en los pies de uno de los jugadores, cuarenta metros más allá. Un tiro notable. En la cancha reanudaron el juego sin verlo. Anselmo percibió una palpitación en la zona del empeine. Volvió a la banca de hierro. Su saco se había caído en la maniobra. Estaba lleno de suciedad y mierda de pájaros.

Recogió sus cosas y fue a sentarse en la valla de cantera junto a los equipos de profesores que esperaban ser reta. El sol daba de lleno en esa única parte del zócalo donde no pegaba la sombra de los árboles. Algunos se cubrían la cabeza usando sus camisetas como turbantes. Otros más con paliacates, sombreros o gorras. Varias mujeres también esperaban turno para pisar la cancha. Anselmo le preguntó a un profesor albino o con vitiligo sentado junto a él si podía entrar en alguno de los equipos. Le dijo que estaban llenos. Podría formar otro, sugirió. Los demás respondieron que no, que estaban completos. No insistió más.

La muchacha que Anselmo había estado viendo con tanto interés volvió a anotar. Sus compañeros de equipo se acercaron a mecerle los cabellos. El único que no celebró fue su portero, que seguía inerte sobre un montículo de la portería, embebido en una bolsa de plástico de la que parecía inhalar.

El equipo del profesor albino que aguardaba al lado de Anselmo brincó a la cancha para tomar su turno después del gol.

¿Puedo entrar con ustedes?, le preguntó a uno que se arremangaba las perneras del pantalón.

Diles a ellos, es su balón, señaló a los muchachos de las camisas negras.

Los dos equipos están completos, volvió a decir el albino.

Un gol y me salgo.

No.

Comenzó el partido.

Se armó un torbellino de piernas. Las suelas de los tenis rechinaban contra el adoquín recalentado por el sol del mediodía. Se alzaron las voces. Los de negro eran muy jóvenes y se plantaban considerablemente bien en el campo para ser un equipo callejero, lo que sólo significaba que debían conocerse hace mucho. Los otros, los profesores, tendrían entre treinta y cuarenta años y jugaban lo mejor que podían para no desarmarse en el intento. Corrían en manada detrás del balón hasta detenerse la jugada o escupir los pulmones. Lo que ocurriera primero. A eso se reducía su táctica. Por ser retadores no llevaban camisas. A la mitad de ellos les colgaban unas barrigas que trepidaban con cada acción. Pese a eso, pudieron tomar desprevenidos a los camisas negras. Un tiro bombeado de cancha a cancha fue suficiente. El muchacho sentado en la portería ni se inmutó cuando el balón pasó rodando a un metro suyo. El grito eufórico de gol se alzó en el campo y en la banca.

Despierta, cabrón, le gritaron al portero.

Suelta la mona mientras juegas.

El portero continuaba desbalagado, la cara metida en la bolsa de plástico. Uno de sus compañeros quiso arrebatársela pero aquel hizo clara su protesta con un manotazo. Se miraron molestos.

Cuando reanudaron el juego, la muchacha de los camisas negras disparó desde media cancha tratando de cobrarse el madrugue. Fue un tiro recio. Pero el guardameta ya lo veía venir. Contuvo el disparo enconchándose contra el tórax y despejó hasta donde se hallaba uno de sus delanteros, el maestro albino. El contraataque

resultó de nuevo fulminante. El portero de los camisas negras estaba tan fuera de órbita que no se dio por enterado cuando la pelota le rebotó en la cabeza y atravesó la portería. Los descamisados celebraron con burlas la pifia.

Órale, le gritaron al portero. Que sueltes la mona.

Que no chingue, que suelte la mona o que se salga. Así no se puede.

Está muy atizado. Ya sáquenlo.

Uno de los defensas, un muchacho alto y huesudo de dreadlocks, se acercó a revisar al portero. Desde la barda vieron cómo trató de reincorporarlo por los hombros. Pero el portero a esas alturas era un saco de plomo. Ido por completo.

Si quieres jugar entra rápido, le gritó la muchacha. Órale.

¿Quién?, dijo Anselmo. ¿Yo?

¿Quién más? Apresúrate, catrín.

Catrín. Hacía siglos que no oía esa palabra. Anselmo se agachó para verse los zapatos. Los había boleado por la mañana y supuso que debían llamar demasiado la atención. Los demás usaban tenis. Tampoco había reparado en que en ningún momento, desde la entrevista de trabajo, se deshizo de la corbata.

Apúrate, galán, dijo el de los dreadlocks batiendo las palmas. No tenemos todo el día.

Intentó sacarse la corbata pero la mal hechura de su nudo no se lo permitió. Estaba atorado. Sin querer tiró al piso el saco y la carpeta. Las hojas con su currículum salieron volando como una parvada de palomas. Se arremangó la camisa y se echó la corbata hacia atrás sin más remedio. Se escucharon carcajadas y silbidos cuando Anselmo entró a la cancha.

Vete a la portería y no te muevas de allí, le ordenó la muchacha señalando la línea imaginaria entre los montículos de ropa y piedras. Y pobre de ti si la cagas, catrín.

Le decían Julia. Era la única chica del equipo. Calculó que no debía tener más de dieciocho años. El más grande, el de los dreadlocks, tal vez unos veinte. Ocho menos que Anselmo. Él, en comparación, debía parecerles una reliquia. ¿Qué estaba haciendo a la edad de ellos? No le sorprendió aventajarle una cabeza al promedio de altura de los muchachos cuando fue a unírseles. Las suelas de sus zapatos de vestir taconearon sobre el adoquín de manera cómica cuando inició el trote hacia la portería. Los silbidos aumentaron y los hombres de los otros equipos empezaron a chulearlo desde la

banca. Grupos de curiosos se agolparon junto a la barda para verlo. No había movido un dedo y ya tenía la camisa sudada.

Toma, pónelos, le dijo el defensa. Si te meten un gol nos sacan.

Eran unos guantes viejos de cuero basto de los que usan los repartidores de gas o los recolectores de basura. Olían al sudor rancio del otro portero. A mugre. Anselmo los rechazó.

Respiró hondo cuando la bola se puso en juego.

Un día antes de eso, Anselmo tenía arreglada una entrevista de trabajo a las ocho de la mañana. No escuchó el despertador. Pudo librarse de las sábanas sólo hasta cerca del mediodía. Llamó por teléfono y dijo que algo importante se le había atravesado. De muy mala gana, la mujer de recursos humanos accedió a darle una nueva cita para el día posterior. Anselmo colgó el teléfono y volvió a la cama. Sería la novena entrevista en siete días y no guardaba esperanza de que fuera a resultar más provechosa que las anteriores. Iba a cumplir un mes así.

Por esa razón, la noche precedente a la última entrevista, Anselmo la pasó en vilo. Por ningún motivo quería que volviera a ocurrirle lo de la otra mañana. Mató las horas de espera viendo tele, sentado en el sofá-cama de la sala, el volumen muy bajo para no despertar a Mariana, que dormía sin cobijas, las ventanas del cuarto abiertas, ajena al bullicio de su noctambuleo. Los mosquitos entraban del patio por las ventanas sin mosquitero. El departamento era tan pequeño que el resplandor de la tele desde la sala azulaba la piel desnuda de Mariana en la habitación.

Su departamento era de un solo ambiente. La recámara estaba separada de la sala, del comedor y de la cocina por una cortina corrediza de lona que habían improvisado con un palo de escoba a lo largo del arquitrabe superior pero que de todas formas permanecía descorrida la mayor parte del día. El baño era el único espacio separado por una puerta. Por lo demás, la privacidad al interior se reducía a cero. A falta de clóset, Mariana y él habían comprado un armario tubular plegable y recubierto con lona plastificada que se abría mediante cierres para evitar que la ropa se aterrara. Habían comprado también archiveros de plástico de oficina para guardar las prendas más pequeñas. El resto, lo que estaba en desuso, permanecía en maletas desde hacía casi tres años. Su cama era un colchón sin base colocado encima de un petate de palma tejida para aislar el

frío durante el invierno. En la sala había una mesita armable de aluminio para jardín, además de un sofá-cama desmontable con vestiduras de un material sintético que pretendía ser gamuza y que compraron por un magnífico precio a un profesor amigo suyo que había dejado la ciudad un año antes. Habían lijado y barnizado un mueble modular de madera zafia que le regatearon a un vendedor ambulante. Resultó serles muy útil. Servía para poner la tele, organizar los discos, películas y revistas. Con respecto a la cocina, Mariana y Anselmo se las arreglaban muy bien con un refrigerador que parecía un Chevrolet puesto de pie y que chupaba la mayor parte de la energía eléctrica del edificio. Estaba allí cuando llegaron. Eso, una mesa de formica, sillas de plástico como las que se usan en las fiestas, una parrilla a gas de dos quemadores y un microondas. Les gustaba creer que no les hacía falta nada más. Y que, de todos modos, aquello era transitorio antes del viaje.

Cerca de las cinco de la mañana Anselmo fue a poner la tercera cafetera y el aroma se apoderó del departamento. Colocó una sartén en la parrilla y preparó un omelette con tres huevos. Luego lo pensó mejor y agregó uno más. Mariana no comía nada de eso. Sobrevivía a base de una dieta médica que en opinión de Anselmo era suficiente para nutrir apenas a un canario. En lo concerniente a él, siempre tenía buen apetito.

Devolvía las cosas al refrigerador cuando vio la nota.

ANSELMO,  
NO OLVIDES PASAR A LA FARMACIA.  
M.

Debajo de la nota, una receta y un billete de quinientos pesos.

Fue a mirar por la ventana abierta mientras comía de pie. Aún no amanecía. Entre los árboles y bejucos apenas se conseguía atisbar las ventanas de los departamentos concéntricos con las luces apagadas. La casera se preocupaba en esa época por darle buen cuidado al sitio. Era un patio de una casona colonial cuyas habitaciones habían sido divididas en ámbitos independientes. Una sola planta. Cada departamento estaba separado ya fuera por una jardinera de ladrillos ornamentada con cactus o con ficus, o bien por una valla de lámina a la altura de una persona sobre la que trepaban las enramadas. En las jardineras crecían nísperos, buganvillas, un pochote joven, un par de aguacatales de buena sombra y algunos higos de edad mediana que cuando florecían dejaban minado el suelo como un escenario de guerra. Además de un toronjo, que era su fa-

vorito. Su departamento era el del fondo, el más callado. En el primero, del lado opuesto del patio, habitaba un anciano solitario de quien ignoraban el nombre, un jubilado que no se metía con nadie y con el que trababan poco más que el saludo cuando salía al patio a lavar la ropa o a leer el periódico en una silla tipo Acapulco por las tardes, siempre a la misma hora. Habían escuchado en voz de la casera que era un pensionado de la Compañía Federal de Electricidad que pagaba una renta congelada desde hacía décadas. Un accidente con un transformador le había quemado el brazo izquierdo, el cuello y una parte del rostro. Los otros tres departamentos los alquilaban extranjeros. Gringos retirados en su mayoría. Dejaban pagada la anualidad en dólares para ocuparlos solamente unas semanas durante las vacaciones. A ellos rara vez los veían, aunque cuando eso pasaba era de muy buen talante. En Semana Santa, pero sobre todo en verano, era cuando el patio se animaba con la mayor concurrencia. Se reunían a platicar hasta tarde, organizaban parrilladas y bebían mezcal y cervezas con ellos cuando Anselmo aún bebía. Uno de esos viejos era George. Un programador nacido en Amberdeen que participó del primer auge de Silicon Valley. Era egresado del MIT, le apasionaban las matemáticas y no tenía problema en quedarse horas hablando de ello con Anselmo, quien compartía su afición. Gracias a su talento nato como desarrollador de software, George había acumulado una fortuna modesta pero considerable que le permitía repartir el año en distintas partes del mundo sin preocupaciones. Cuando George venía a pasar una temporada en el departamento contiguo al de ellos, usualmente lo hacía acompañado por alguna novia oaxaqueña que jamás superaba los veinticinco. Una vez Mariana y Anselmo invitaron a George a cenar. George llegó con una muchacha morena, altísima y espigada como modelo que dijo ser mixe y llevar viviendo en la ciudad menos de cuatro meses. Aunque en secreto realizaron una apuesta, Mariana y Anselmo nunca lograron averiguar si la chica era o no un hombre. George le había regalado el vestido corto de diseñador que traía puesto esa noche y para Anselmo fue trabajoso quitarle la vista de encima a un centro tan poderosamente imantado en un área tan ridículamente reducida como lo era su departamento. Prepararon pollo en coloradito y puré de papa y zanahoria al estilo del Istmo y George y su despampanante novia quedaron gratamente impresionados. Al final de la cena, Anselmo y George pasaron al espacio de la sala a beber un vino de Napa Valley que éste había traído consigo. La chica mixe



y Mariana, por su cuenta, reían a carcajadas y gastaban confidencias. Recordaban aquella como una estupenda noche. En cierto momento de la velada, poco antes de irse, los mofletes encarnados por efecto del vino, los ojos acuosos, George no consiguió disimular más la inquietud que lo había estado atosigando. A pregunta expresa, le confesaron que no tenían televisor. Él no daba crédito. Asumía la omisión como una broma, un acto voluntario de esnobismo que por una ausencia tan notoria era obvio que simbolizaba mucho más que una carencia de un simple electrodoméstico de cualquier otra índole. Lo único cierto es que jamás habían ahorrado lo suficiente para comprar uno. Y, aun si hubieran tenido el dinero, un televisor no era algo prioritario en lo que Mariana y Anselmo decidieran invertir. El viaje. Era la época en que todavía creían en el viaje. Lo creían como dos niños que aún creen en la llegada de los Reyes Magos y que no están abiertos a escuchar un solo argumento encontrado al respecto, por duro, lógico y verosímil que éste sea.

Tres días después de que George se despidiera ese verano para volver a los Estados Unidos, tocaron el timbre a media tarde. Dos repartidores de una tienda departamental traían consigo un televisor de plasma de cuarenta y dos pulgadas para entregar en su domicilio. De parte del señor George Gosling, dijeron. Era su manera de devolverles lo que él no dejaba de considerar una broma. George. Así era George. Cuando se inició el conflicto civil el verano de ese año a raíz de la huelga magisterial, George no volvió a Oaxaca ni volvió a ocupar el departamento contiguo. Nunca más supieron de él.

Una hora después, Anselmo fue a sacar del armario desmontable una caja empolvada con sus únicos zapatos de vestir. Eran unos mocasines color café que habían perdido la forma por el peso de las cajas y maletas bajo las que habían sido sepultados. Los llevó a la cocina, donde les calzó dos vasos como hormas. Buscó una franela con el objetivo de dejarlos relucientes. La cera negra estaba dura y tuvo que reblandecerla pasando la lata de aluminio sobre el fuego de la parrilla como había visto hacer a los boleros. Alzó un zapato a contraluz y meneó la cabeza, insatisfecho. Requirió usar varias capas de cera para mantenerlos en su nuevo color al menos hasta que concluyera la entrevista de ese día.

Hacía calor. Fue a bañarse con agua fría. Nada más salir de la regadera comenzó a sudar de nuevo. Volvió al cuarto para buscar su único traje, que olía a otra persona, una persona más vieja. Bastó

con no abotonarse el pantalón, sino sujetárselo con el cinturón, para conseguir volver entrar en él. No estaba mal. Podría haber sido peor.

Observó la hora en el celular. Se sentó con la espalda recta sobre el filo del sofá-cama para no manchar la camisa y sintonizó el primer noticiario del día en la enorme pantalla de plasma. Cuando llegó la hora de salir, el sonido de la chapa al abrirse despertó a Mariana. Ella gruñó. Linchó a Anselmo con los ojos abultados y los labios hechos un puño, desde el colchón.

¿A dónde vas a estas horas?

Él se tapó la boca con el índice para que se volviera a dormir.

Dejó la receta y el dinero en el refri, balbuceó Mariana.

Anselmo se tocó el pecho de tal forma que ella supiera que ya la traía consigo. Cerró por fuera, atravesó el patio a tientas, entre hierbajos y macetas como en un terreno minado. No pretendía ensuciarse los zapatos recién boleados por nada del mundo. Las ramas del árbol de toronja cedían como los rayos de un paraguas por el peso de los tremendos frutos que anhelaban llegar a tierra. Salía de temporada, pero el árbol despedía un aroma fresco e intenso. A Anselmo le gustaba ese olor. Le gustaba además el pochote joven, esbelto y fino, que se alzaba en ángulos obtusos con sus espinas y sus hojas similares a un grabado japonés. La adustez reconcentrada sobre sí mismo del pochote joven le parecía bella, incluso inquietante, pero, aun así, prefería el árbol tosco de las toronjas, tan similar a un aguafuerte, sólo por su olor. Durante las primeras noches de temporada, no era extraño que a Mariana y a él los atribulara a medio sueño el impacto fulminante de las toronjas cayendo sobre las láminas del desagüe de los techos. Por la mañana, descubrían las frutas desgajadas en el patio igual que corazones de res abiertos e invadidos por las hormigas.

En la calle se observaban ya los altos cerros reverdecidos por las primeras lluvias de mayo en el lindero norte de la ciudad. Se desperzaban entre la calima matinal como gigantes. Un gallo cantó desde una azotea. Lo sobresaltó el estruendo de los cohetones de la iglesia cercana de Xochimilco estallando en el cielo. Se dispararon las alarmas de los coches aparcados en varias cuadras a la redonda. Los perros ladraron. Los sonidos de la ciudad fueron arrancados del sueño de la forma más violenta con cada cohete que reventaba como un diente de león en la negrura inabarcable para expandir su eco valle abajo. Anselmo se encrespó con cada estampido. Que empalaran a los putos curas. Que los empalaran a todos.

Dio su nombre al guardia de la caseta. Éste lo monitoreó a través de un walkie talkie atribuyéndose una importancia que no tenía, como si de lo que formara parte fuese la guardia presidencial y no la triste portería de un colegio. Cuando al fin recibió el visto bueno desde el interior, le pidió a Anselmo que le dejara a resguardo una identificación oficial.

Es por seguridad suya y de la escuela, dijo.

Anselmo respondió que eso era imposible. No tenía identificaciones oficiales.

Cualquier identificación entonces, dijo el guardia. De la universidad. De la biblioteca. Cualquier cosa.

Imposible, repitió él. No tengo nada de eso.

El guardia, contrariado, volvió a llamar por su radio portátil para consultar el caso. Le dieron respuesta afirmativa y él resopló con desgana. Sentía que pasaban por encima de su autoridad. Sin más alternativa, tomó los datos y la firma de Anselmo en la bitácora de visitantes constando la hora de acceso. Ocho de la mañana. De mala gana el guardia levantó la pluma de la caseta. Anselmo notó que su placa ni siquiera era real. Puro plástico chapado.

Lo recibió la mujer de recursos humanos con la que había arreglado la cita. Llevaba un vestido largo y floreado que la cubría hasta los tobillos. Anselmo tuvo la impresión de que hubiera recordado las cortinas de su casa luego de que un incendio terminara con su clóset. Eso, o que acababa de atracar a una matrona menonita. Le dijo que esperara. Que la directora de la preparatoria no tardaría en llamarlo. Que antes debía atender otros asuntos urgentes. Tuvo que esperar durante casi dos horas en una salita en la que se reunían los profesores. Cada hora, cuando sonaba la chicharra, algunos de ellos entraban en grupos de dos o tres a la sala. Veían a Anselmo con curiosidad, en la mesa del rincón, como un alumno castigado, pero pronto se olvidaban de él y se dedicaban a preparar café instantáneo, a revisar sus listas de clases o a cotorrear con amargura sobre sus alumnos. Anselmo se cansó de estar sentado y fue a asomarse por la persiana americana. Desde los ventanales se dominaba el patio de honores a la bandera. Aunque el asta no tenía bandera, sino un estandarte atravesado por una cruz guinda y un lema en latín del que sólo registró la palabra Dios. El patio lo componían cuatro canchas de placas de concreto hidráulico marcadas con las líneas

reglamentarias para jugar básquet y voleibol. Por ahí deambulaban montones de adolescentes en uniforme.

A punto estuvo de largarse cuando reapareció en la sala la mujer de recursos humanos y le pidió que la siguiera. Cruzaron por un zaguán entre peñas ruidosas de alumnos. Un piquete de adolescentes de faldas tableadas que dejaban ver parte de los muslos los secundó con sus risas lascivas durante unos metros hasta que se adentraron en el pasillo lóbrego que desembocaba en la oficina de la dirección. La mujer de recursos humanos lo conminó a entrar y cerró la puerta a sus espaldas. Por un segundo Anselmo casi se le abalanza y le suplica que no lo abandone allí dentro.

Buenos días, dijo una voz sin cuerpo.

Buenos días, respondió Anselmo al aire.

La oficina olía a hacinamiento y a humo de tabaco. Era un cubo oscuro, frío, de ventanales clausurados por protecciones metálicas externas. Como una cárcel. Aunque el inmobiliario modular de acero, cristal y madera comprimida se afanaba en concitar una impresión de modernidad, la nota dominante la daba la vetustez y el patetismo de esa misma voluntad encubridora. El retrato retocado de un cura con apariencia de bagre era el punto dominante en una de las paredes. Del lado contrario, en un vidriera que se alargaba del suelo al techo, descansaban trofeos, medallas, reconocimientos deportivos enmarcados en yarda.

¿Tuvo problemas para llegar?, dijo la directora tendiéndole la mano.

No. Vine caminando.

La directora se quedó quieta a medio camino de prender un cigarro. Inclino la cabeza en la sospecha de que tal vez se hubiera perdido un detalle importante. El rostro se le iluminó con la flama del encendedor segundos antes de hablar.

¿O sea que vino caminando hasta San Felipe?

Sí. Hace buen clima.

¿En dónde vive?

Xochimilco.

Dios, exclamó olvidándose del cigarro. ¿Y su coche?

No sé manejar.

La mujer abrió los ojos de manera pomposa. Trató de encender el cigarro por segunda vez mientras sopesaba la idea descoyuntada por improbable de que alguien en este planeta no poseyera un automóvil. Con la primera fumada el semblante se le relajó. Se puso

unos lentes bifocales de pasta de carey que había mantenido colgados al cuello por una leontina. Revolvió una carpeta que contenía los documentos de Anselmo, la solicitud de trabajo y el currículum que la mujer de recursos humanos había puesto a su disposición. Tantos intentos, tantas entrevistas, que Anselmo se había hecho a la costumbre de traer consigo juegos extras de sus papeles. Se estaba convirtiendo en un profesional del desempleo.

Mire, no quiero quitarle mucho tiempo, dijo la directora afilando los ojos entre el humo del cigarro. Nos interesa mucho que se una a nuestra institución.

Ah, ¿sí?, dijo Anselmo al borde de su asiento y se arrepintió de inmediato.

La gente del consejo quedó muy impresionada con su currículum, dijo la directora apuntalando su dicho con un asentimiento de cabeza, los labios fruncidos. El resultado de su examen es el más alto que hallamos tenido desde que se fundó la institución a nivel nacional.

Bueno, tampoco es que sea Cambridge, dijo Anselmo.

Aunque llevara esa intención, el comentario no le cayó en gracia a la directora.

Las oraciones de la directora no guardaban congruencia con sus gestos. Su cuerpo se movía como un solo bloque y le era necesario constatar sus palabras con los documentos que revolvía como barajas. Cada vez que hablaba, exhibía una ranura entre los dientes frontales por donde hubiera cabido una moneda. Ademanes y voz hombruna. Traje sastre y corbata. Se empeñaba en patentar un poder ganado por derecho propio en un mundo típicamente masculino, cuando con su actitud lo único que lograba era justo lo contrario, ratificar que se leía a sí misma como una concesión a la norma, una excepción de ese mismo código patriarcal al que ella daba continuidad y validez.

El consejo quedó tan impresionado con su examen que está dispuesto a hacer una excepción en su caso, dijo.

¿Perdón?

Están dispuestos a contratarlo a pesar de que no tiene título universitario.

Ella misma no estaba muy convencida de lo que acababa de decir. El cambio en su voz daba nota de la aflicción que le provocaba saltarse un orden normativo preestablecido que le entregaba sentido operacional y finalidad a su pequeño universo. Dio una ca-

lada honda al cigarro para luego depositarlo en el cenicero. Tomó un lápiz afilado y en una tarjeta en blanco esbozó una cifra de varios números. La deslizó encima del escritorio para dejarla al alcance de Anselmo.

Eso es lo que le propone el consejo como sueldo inicial.

Era un cifra considerable, bastante superior a lo que había previsto. Anselmo no pudo evitar imaginar el gusto que le daría a Mariana recibir la noticia cuando volviera a casa. Dejarían de depender de un solo sueldo. Le alegraría, por ejemplo, que pudieran comprar finalmente una cama y dejar de dormir en el piso. Podrían cambiar el refrigerador ruidoso y destartado por uno nuevo. O deshacerse de la computadora descompuesta y pagar una portátil. Incluso, ¿por qué no?, un coche de segunda mano. Después de todo la directora tenía razón. Podría aprender a manejar para escaparse los fines de semana a los pueblos cercanos o cruzar la sierra hasta la costa y estar de vuelta los lunes temprano en la ciudad. Así lo hubiera querido Mariana también. O, mejor, aún. Podrían volver a ahorrar para el viaje. El viaje. No era en absoluto una mala idea.

Los ojos de Anselmo oscilaron nerviosos entre la tarjeta y la cara de la directora y más tarde de vuelta a la tarjeta para verificar que la oferta no se hubiera borrado. Giró la cabeza y observó a su alrededor. Seguía sin confiar en que no le estuvieran tomando el pelo.

Tiempo completo, todos los grupos de preparatoria, siguió diciendo la directora. El contrato cubre seguro social para usted y las personas que dependan de usted y todas las prestaciones de ley. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

¿Alguna duda?

Sólo una.

Diga.

¿Hay libertad de cátedra?

¿Qué cosa?

¿Tengo libertad para enseñar lo que quiera?, dijo Anselmo con auténtico interés.

Ah, claro, bufó la directora. Mientras se apegue al programa y al sistema de enseñanza por competencias. ¿Está familiarizado?

Todo estaba en el examen y en el propedéutico.

Entonces sólo me queda pedirle que vuelva con mi compañera de recursos humanos. Ella tiene listo su contrato. También le informará sobre el código de vestimenta y el reglamento interno.

De acuerdo.

Anselmo se esforzaba por no mostrar su euforia. Pero su mente había despegado y ya surcaba la estratósfera como un transbordador espacial.

Una cosa más antes de que se vaya, dijo la directora envuelta en una gasa de humo. ¿Es usted católico?

¿Señora?

¿Cree en Dios?

Anselmo sonrió de oreja a oreja.

Mire, con lo que me piensa pagar yo creo en todo lo que usted me diga.

A ella, de nuevo, el comentario no le causó gracia. De hecho pareció repelerle.

¿Cuándo comienzo?

Mañana mismo, dijo la directora con firmeza. Los alumnos de su materia van a cumplir dos semanas sin profesor. Nuestros muchachos están perdiendo clases desde que los revoltosos del sindicato emplazaron a huelga y no hacen nada más que holgazanear y vandalizar en el zócalo. Deberían correrlos a todos si no quieren trabajar.

La directora atemperó el discurso cuando recapacitó en el exceso de tono.

Así que va a tener que ponerse al día de inmediato, dijo. Hay que recuperar muchas horas perdidas con todos los grupos de Literatura. ¿De acuerdo?

¿Cómo dice?

Houston, llamó la mente exorbitada de Anselmo. Tenemos un problema.

Que hay que ponerse al día con el cronograma. Los padres de familia están de acuerdo en que abramos el turno vespertino para asesorías extras, si no tiene inconveniente.

No, lo otro, dijo Anselmo. Creo que hay un malentendido.

La directora aplastó el cigarro contra el cenicero. Se arremolinó discretamente en su sillón de cuero con ayuda de los brazos de tal forma que quedara lo más cerca posible de Anselmo desde su lado del escritorio. Estaba en la mejor disposición de escucharlo. Pero él sólo parpadeaba sin atinar a decir nada. Buscaba la mejor forma de empezar a explicar el error. La directora salió en su auxilio.

Vea, este sueldo es inicial, dijo casi haciéndolo partícipe de un secreto. Podrá estar ganando bastante más el segundo o el tercer año. Es cosa de paciencia. Ya verá.

Anselmo permanecía con el maxilar por el suelo y sin ser capaz de articular.

No, no. Yo no hablo de eso, dijo al fin. Hay un malentendido.

Pues francamente no sé de qué me habla, dijo ella enderezando la columna hasta formar un arco cóncavo con respecto a la vertical de su sillón. A mí todo me parece clarísimo.

Anselmo tuvo cosquillas debajo del saco. El aire acondicionado estaba muerto y el ambiente empezaba a tornarse bochornoso.

Es que yo no enseñé literatura, balbuceó con la mirada perdida. Enseñé matemáticas.

La mujer se mostró extrañada. Recogió el currículum del escritor, reacomodó los lentes sobre el filo de la nariz, se pegó la hoja al rostro y leyó línea por línea con atención. Mientras lo hacía, sus fosas nasales se expandían y se contraían igual que la branquias de un pez fuera del agua. Echó nuevamente el cuerpo hacia atrás y los muelles del sillón crujieron en protesta. Cuando terminó, devolvió el papel al escritorio como dejando caer un naipe ganador. Lo único que a él le atravesaba por la cabeza durante esos segundos era el deseo ingobernable de quitarse el saco.

Aquí Houston, aborten la misión.

El puesto y el sueldo que le ofrece el consejo es de maestro de literatura, dijo la directora.

Sí, pero... Yo enseñé matemáticas.

¿De qué habla? Su hoja curricular dice otra cosa.

Ya sé, dijo Anselmo evitando en todo momento el contacto visual. Pero yo quiero enseñar matemáticas.

¿Matemáticas?, la directora resopló por los ollares expandidos.

Lo puse ahí, en la solicitud de empleo. Mire.

La mujer se quitó los lentes con fastidio. Rebotaron contra su pecho y se quedaron allí suspendidos por la leontina. Era imposible no ver ahora sus tetas debajo de la blusa. Se frotó los ojos con impaciencia, las manos en posición de orar, los codos recargados contra el canto del escritorio.

Bueno, pues en ese caso, lo siento mucho. El puesto vacante es para profesor de literatura.

Debe haber un error, dijo Anselmo.

Oh, yo creo que sí, dijo la directora observando su reloj de pulsera.

Ambos permanecieron en un silencio acusado durante unos instantes. Era turno para él de hablar. Como no dijo nada, la direc-



tora se levantó. Él hizo lo mismo, con la intención de recoger sus papeles, pero sintió las manos de la mujer arremeter con fuerza la carpeta que los contenía y clavarla a la superficie del escritorio.

Esto se queda aquí. Pertenece ahora a la institución.

No me quedan muchas copias.

Anselmo trató de arrebatarlas.

¿Quieres un consejo?, dijo tuteándolo por primera vez. Acepta el trabajo. ¿Dónde vas a encontrar algo así en estos días? No tienes nada. Ni siquiera un título profesional. Ya no estás en edad.

Me las arreglo.

¿Tienes hijos?

No.

¿Estás casado?

Anselmo no respondió.

Las pupilas de la directora bailaban en el descanso blanco de sus ojos como un imán expelido por una fuerza invisible desde el interior de su cráneo. Percibió su respiración acompasarse a la de él. La sangre le corría con más intensidad en las palmas de las manos por la presión que ella ejercía mientras trataba en vano de arrastrar hacia él los documentos.

Acepta este trabajo, muchacho. Te lo digo por las buenas.

¿Como profesor de matemáticas?

La directora apretó los labios hasta formar un hilo. La carpeta cedió repentinamente. Rodeó el escritorio con pasos bruscos y fue a abrir la puerta de la oficina para que su invitado se marchara. A pesar de que caminaba con convicción, a Anselmo se le hizo asombroso el que sus zapatos no produjeran ruido sobre el mosaico.

Considéralo, dijo la directora. Que Dios te bendiga. Buen día.

El guardia pidió que anotara la hora exacta de salida en su cuaderno de tránsito. Levantó la pluma de la caseta y lo liberó sin decir palabra. Incluso el sol era majadero a esas horas. El edificio de la escuela abarcaba una manzana. Caminó por la privada que desembocaba cien metros adelante, en una avenida perpendicular de banquetas ribeteadas por arbustos. Quizá tomara un camión urbano que lo acercara al centro.

Ey, profesore, gritó alguien a sus espaldas.

Anselmo no reaccionó al llamado hasta la tercera o cuarta vez. Imaginaba que solicitarían a cualquiera, menos a él. Después de todo, como bien se lo recordó la directora, Anselmo no era un profesor. La privada de un único sentido estaba desierta. Algunos

automóviles de los vecinos de la zona residencial aledaña descansaban fuera de sus cocheras, desde donde un hombre agitaba el brazo como un remo en lo alto del mismo modo que un náufrago al ver aproximarse un bote salvavidas. El hombre comprobó que Anselmo acudía a su señal y sonrió satisfecho. Estaba apoyado sobre una camioneta Mitsubishi color rojo varada en la banqueta. Anselmo se hizo sombra para poder verlo de frente conforme se acercaba. El tipo estranguló su mano con un saludo cuando estuvo a suficiente distancia de él.

¿Tú sabes dónde hay una vulcanizadora cerca?, le dijo el hombre con acento extranjero

¿Una qué?

Un lugar para parchar llantas.

Con la puntera del zapato le dio una patada a la rueda trasera de su camioneta. Tenía esa tendencia gestual que desarrollan algunos extranjeros de apoyarse en la mímica por temor a no ser comprendidos a la primera. O tal vez fuera de por sí expansivo. Con la salvedad del acento, su español era impecable.

Pues la verdad no sé, dijo Anselmo. No tengo coche.

El hombre se rió y le palmeó la espalda como si acabara de contarle un chiste súper gracioso.

Me pasé un retén del sindicato en el centro sin darme cuenta, le explicó el hombre señalando el neumático. Porca Eva.

Visto de cerca, era posible distinguir tres cabezas de clavo para concreto entre las grecas de la rueda. El nivel de aire era más bajo que en las otras.

Qué mal, dijo Anselmo por decir algo.

¿Entonces no sabes de algún lugar por aquí?

Tal vez hay que ir hasta la colonia Reforma, dijo luego de fingir que lo deliberaba.

Cazzo. No sé si llegue hasta allá con esta llanta. No traigo refacción y hay mil bloqueos en las calles.

Mala suerte.

¿Quieres que te acerquemos al centro, profesore?

Antes de responder, Anselmo examinó en torno suyo para saber si en realidad se dirigía a él.

Quiero caminar, dijo. Está bueno el clima.

¿Este sol de mierda? Ja. Estás loco, el hombre se tocó la cabeza. Allá tú, profesore.

Quiero aprovechar el día.

¿Salieron temprano de clases?, quiso averiguar antes de disponerse a abordar la camioneta.

Sí... Es decir, no. Más bien renuncié. Enseñaba matemáticas. Fue mi último día.

El hombre de la Mitsubishi lo contempló con los ojos abiertos.

Oh, cazzo. Qué pena, le palmeó el hombro. Y con lo complicado que están las cosas. Lo siento, profesore.

Hace mucho que quería hacerlo. Dame un tiempo. Para mis propios proyectos y cosas así.

Ah, ya veo, dijo el hombre devolviendo la atención en su llanta ponchada.

Dudó unos segundos antes de hablar y luego prosiguió.

Oye, profesore, ¿de qué dices que das clases?

Matemáticas.

¿Universidad?

Preparatoria.

Quizá te enteraste. A nosotros también nos corrieron hoy.

Anselmo no sabía aún a quién, además de él mismo, acreditaba aquel hombre con el uso del plural. Incluyó cuarenta y cinco grados la cabeza para avistar dentro de la cabina del vehículo. No vio nada.

Es la enésima escuela en la que intentamos, dijo contrariado. Ya no sabemos qué hacer con él.

Anselmo volvió a indagar detrás de los cristales de la camioneta. Nada. El hombre sacó un paliacate del bolsillo trasero del pantalón para secarse el sudor de la cara como si quisiera más bien despejarse las tribulaciones de la cabeza.

¿Prepa?

Preescolar. Tercer grado. La novena escuela. O décima. Bah. Ya ni sé.

El cielo era un campo de tersura inabarcable. Anselmo tuvo vértigo durante unos instantes por la sensación de movimiento de la tierra. Se sostuvo de la camioneta. El metal ardía.

¿Malas calificaciones?

Hemos intentado de todo con él, dijo.

¿Mala conducta?

De todo.

Anselmo escuchó un golpe fuerte desde el interior de la cabina, del lado del chasis donde él estaba recargado, luego el traqueteo de la chapa y más golpes huecos en el cristal. Juró que aquel

loco encerraba un animal feroz en el vehículo y dio un paso atrás. De nueva cuenta no alcanzó vislumbrar nada al interior de la camioneta a causa del reflejo del sol. El hombre abrió la portezuela. Anselmo retrocedió para no correr riesgos en caso de que, lo que fuera que guardara allí dentro, consiguiera escaparse y lanzársele a la yugular.

Bueno, tenemos que irnos, profesore, dijo extendiéndole la mano.

Suerte.

Suerte a ti también con tus nuevos proyectos y todo eso.

Ah, eso. Sí, bueno... Hasta luego.

Roberto Salvatore, dijo por último.

Roberto Salvatore le estrechó la mano a Anselmo y permaneció a la espera de oír su nombre en reciprocidad.

Se quedó esperando.

Roberto dejó salir una carcajada sonora y Anselmo pudo verle la campanilla, le golpeó el hombro una vez más con camaradería, se introdujo a la camioneta y arrancó. La Mitsubishi avanzó hasta el final de la privada con una rueda más baja que las otras. Anselmo vislumbró una silueta semejante a la de un animal de talla media que se sacudía del lado del asiento del copiloto. Casi desembocaba en la avenida cuando el hombre que se había presentado como Roberto Salvatore frenó en seco. Aprovechó el descanso de una de las cocheras contiguas para subir su vehículo a la banqueta, entre el espacio libre de dos jardineras, y dar un giro bárbaro de ciento ochenta grados. El caucho de las ruedas rechinó sobre el pavimento y en cosa de segundos la Mitsubishi estuvo otra vez emparejada a Anselmo. Un niño de cabello muy lacio y negro le hizo gestos de odio con la boca pegada al cristal.

Oye, profesore, dijo Roberto alzando la mano desde su ventanilla. ¿Estás seguro que no quieres que te llevemos?

Gracias, Anselmo negó la oferta sin despegar la vista del niño.

El vehículo marchaba al mismo paso que él.

Nadie me lo va a creer cuando lo cuente, maldito loco, dijo Roberto. Dime por qué renunciaste.

Anselmo caminaba en silencio, el sol de frente.

Libertad de cátedra, dijo con la mano pegada a la camioneta como un torero.

Me imagino, dijo. Pinches persinados.

No tienes idea, dijo Anselmo. Pinchísimos.

La camioneta avanzaba a vuelta de rueda y el sonido bronco del motor en marcha era el resuello de una bestia en calma.

Aunque no entiendo para qué mierda necesitas libertad de cátedra, dijo Roberto. Todo lo que tenías que hacer para cobrar la quincena era fingir que educabas a un montón de adolescentes malcriados de familias ricas.

Anselmo le dio la razón.

Un zanate planeó por un túnel de aire a relativa poca distancia de la superficie. Fue como ver un pliego azur y limpio mancharse de una salpicadura de tinta movediza. El zanate se posó entre las ramas perezosas de un guaje, graznó por encima del ronroneo multitudinario y adormecedor de las chicharras y éstas se callaron de tajo.

¿Seguro que no quieres un aventón?

El niño-fiera observaba a Anselmo desafiante, como para que ni se le ocurriera tomarle la palabra a Roberto. Le mostró dos hileras de dienteitos afilados de piraña y, aunque no podía escucharlo a causa del motor, estaba seguro de que gruñía desde el otro lado del cristal.

Seguro, sacudió la mano frente la cara del niño.

Bueno, dijo Roberto. Ci vediamo, professore.

El motor de la Mitsubishi bramó para adelantarse hacia la boca de la privada. Era demasiada camioneta para la ciudad. En el aire quedó el olor a nafta quemada que a Anselmo le produjo un estornudo. La camioneta, sin embargo, frenó nuevamente treinta metros adelante antes de tomar la avenida. ¿Y ahora qué carajos? Roberto sacó el cuerpo por la ventanilla, medio torso flotando en el vacío. Estaba de pronto exaltado, igual que si hubiera tenido una revelación. La cara colorada.

Oye, tú, professore, gritó por encima del capó. ¿Te interesa un nuevo trabajo?

El primer gol de su equipo cayó cuando uno de los muchachos de camisetas negras, cabello recortado al estilo mohicano, remató con la cabeza un saque de manos. El de la mohicana era un muchacho de complejión media, no tan ágil como la que llamaban Julia pero notoriamente más técnico. Anselmo vio cómo había estado sirviéndole balones a los delanteros en los partidos anteriores. Le decían el Jaguar. Se despegó del suelo como eyectado por un muelle encima de los defensores, giró la cintura con autoridad, re-

mató de testa y el balón mordió el suelo en un ángulo recto, imparable, dejando al portero viendo visiones. Julia y los otros aplaudieron. Anselmo, quieto y desde la portería, también.

Su primer intervención en el juego sucedió durante un saque de esquina. El defensa de los dreadlocks le preguntó si quería que protegiera el primer poste. Anselmo no vio poste alguno que proteger, pero le dijo que sí de todas formas y el chico pareció contento. El tirador del equipo de los profesores sacó un centro tendido que se fue cerrando amenazantemente sobre el espacio aéreo del área chica. Anselmo dio dos pasos cortos y saltó por encima de las cabezas que pretendían rematar, se colgó en el aire de la lámpara con la punta de los dedos pero le atravesaron un hombro y perdió el apoyo. Azotó en el suelo como una tapia, pero jamás soltó el balón. El defensa lo ayudó a levantarse. Anselmo tomó vuelo y despejó de botepronto un potente proyectil que se desdibujó dos segundos en el cenit al recortarse contra el sol.

El juego se tornó ríspido, obstruido. Los profesores no estaban dispuestos a desperdiciar la oportunidad de ser los primeros en eliminar a los muchachos de las camisetas negras. Empezaron a entrar a las jugadas con reciedumbre, abusando de su corpulencia. Uno de los profesores más rápidos y bajitos, por ejemplo, había instaurado una insidiosa marca sobre Julia. No le daba tregua ni un segundo. Era el mismo maestro albino que Anselmo había visto en la barda. Cuando ella emprendía una carrera tras la pelota, él la jalaba del brazo o de la playera para sofrenarla. Y cuando Julia iba a buscar un centro elevado, el profesor la clavaba al suelo pisándole el pie o amarrándola de la cintura. Julia se fastidió muy pronto y, en cierto punto en que creyó que nadie los miraba, le tiró un revés de la mano para deshacerse de él. Éste aprovechó su distracción para ganarle la espalda y salir hecho una raya a recibir un centro bombeado que parecía perdido, burlar al último hombre en la defensa y quedar solo contra Anselmo, que le salió al paso hasta los límites del área grande con la intención de recortarle la perspectiva de tiro. Cuando estuvo a metro y medio de él, el profesor titubeó, dribló de manera lucidora pero poco efectiva. Ese tiempo muerto le bastó a Anselmo para ganarle el compás. Dio una zancada larga y arrojó su cuerpo tendido en horizontal para cubrir el balón como si se arrojara sobre una granada. Cerró los ojos y absorbió la patada en el pecho igual que una descarga de aire comprimido. El profesor se enganchó a él por la inercia, de tal manera que se elevó por el aire y cayó un metro de-

lante sobre el adoquín. Cuando Anselmo se reincorporó con el balón entre las manos, la gente que observaba el juego gritó efusiva. Algunos lo festejaron, pero los más reclamaban su exceso de fuerza en la barrida. Anselmo despejó con un lanzamiento rápido de látigo sobre la cabeza de Julia. Ella mató la bola con el pecho y de primera intención se giró de cara a la meta. Creyeron que dispararía con potencia. El portero se venció y Julia, serena, no hizo nada más que rodar la pelota a un costado. El Jaguar se encarriló detrás de ella para anotar sin que el portero y el defensa logran verle el polvo. Se oyó un grito colectivo de júbilo. Habían empatado el juego.

La camisa de Anselmo quedó rota en la zona del codo. Algunas partículas de tierra se le adhirieron a la piel. Se sacudió con la otra mano y lo que obtuvo fue aumentar el ardor. Entre tanto, el profesor albino al que había derribado se levantó, pasó muy cerca de él, le clavó el codo en las costillas y siguió adelante como si nada.

Así se juega, galán, le gritó uno de los muchachos de su equipo. Sin miedo.

A la distancia Julia también lo saludó.

La gente se arremolinó con creciente interés en torno a la barda cuando el balón se volvió a poner en juego. El flujo del partido, no obstante, se atascó a mitad del campo. Los camisas negras tocaban, hacían pausas y buscaban resquicios por dónde colarse. Los profesores habían instaurado una muralla con todos sus hombres a la espera de un contraataque mirífico. Estaban extenuados, aunque eso no les impedía abundar en el contacto duro ni en las patadas. Algunos disparos aventureros llegaban a las manos de Anselmo sin problema, él aterrizaba el balón y con toques impecables a ras del piso repartía otra vez el juego. Julia tuvo tres buenas ocasiones de anotar a distancia en un lapso de diez minutos, aunque el portero rival corrió con más suerte que talento para sofocarlas o enviarlas a tiro de esquina. Julia maldecía cada vez que erraba.

La bola estuvo topando en seco contra la muralla de los profesores una y otra vez. En uno de esos tantos tiros de esquina, cuando la defensa de los camisas negras estaba imbuida en el área contraria, el balón fue expelido hasta la media cancha tras un rebote. El mismo profesor bajito y habilidoso salió disparado como un cohete tras él. Julia, que lo marcaba, fue a darle caza. Anselmo los vio aparecerse de frente, desbocados, cuando corría él mismo a atrapar la pelota en sentido opuesto, directo a una colisión. Se barrió con los pies por delante y sintió las piernas del profesor abatién-

dose como pinos de boliche contra las suyas y en la marcha arrolló también a Julia. El balón rodó lejos, ajeno al encontronazo.

El equipo de los profesores se dejó ir furioso encima de Anselmo. Vociferaban. De la banca saltaron varios más que no tenían vela en el entierro pero que iban igualmente por su cabeza. El profesor albino se retorció de dolor en el suelo. Julia tampoco se incorporó tras el golpe. Anselmo se levantó y recibió un empujón por detrás que lo devolvió de inmediato al adoquín. Quiso erguirse pero dos profesores ya lo atosigaban y le espetaban a la cara. Los muchachos de negro aparecieron repartiendo golpes para quitarle la turba de encima. Alguien a quien Anselmo no vio le pateó una espinilla aprovechando la confusión. Fue al que llamaban el Jaguar quien detuvo por el cuello a uno de los profesores más rijosos para que se aplacara, pero otro más, sin embargo, entre el hervidero, todavía alcanzó a sembrarle a Anselmo un puñetazo en la cara que lo puso a mirar directo al sol por un segundo. Alcanzó a ver que algo como una sombra se metió veloz entre la turba para devolver el golpe. Era Julia, que se había ensartado a puños. Cuando Anselmo consiguió ver con claridad, ella ya tenía a su agresor sometido contra el piso. El Jaguar, el de los dreadlocks y otros dos intentaron domeñarla para que detuviera la golpiza y ellos mismos recibieron algunos puñetazos. Sólo entonces los profesores hicieron una tregua.

Julia se levantó visiblemente alterada y escupió al piso, muy cerca de los pies de Anselmo.

¿Ves lo que provocas, pendejo?, le gritó y él quiso que se lo tragara la tierra.

Costó un buen tiempo que se desazolvaran los ánimos, al cabo del cual se dispersó la cámara húngara entre bravuconadas, amenazas e insultos. Uno de los profesores se acercó a la portería y desde allí contó once pasos. Donde cayó el undécimo, sembró el balón como una ofrenda. El profesor albino hizo un ademán para dar a entender que él cobraría el castigo. Era lo justo. De pronto la situación había adquirido un cariz ridículamente ceremonioso al que todos se suscribieron. Anselmo se habría reído con ganas si lo que venía enseguida no dependiera tanto de él. El profesor abrió los brazos para despejar un radio en torno suyo que le permitiera tomar impulso. Anselmo, resignado, fue a colocarse al paredón. Se impuso un silencio tan unánime en la plancha de la catedral que volvieron a escucharse las suelas de sus zapatos de vestir taconeando en los adoquines. Sintió ganas de quitárselos, pero el suelo estaba caliente.



Percibió la mirada incisiva de Julia detrás del tirador. No necesitaba decir nada para saber la opinión que tenía de él.

Míralo a los ojos, galán, gritó alguno de los de su equipo.

A la cintura, dijo otro. Mírale la cintura para adivinar a dónde va el tiro.

Anselmo se frotó las manos y dio rebotes sobre la punta de sus pies. El profesor albino tomó muy poco impulso y lo último que escuchó Anselmo fue el golpe sofocado por el impacto del empeine mientras que con dos pasos laterales él se lanzaba al aire sobre su costado derecho. Su cuerpo se estiró con toda su largura y el mundo se puso de cabeza. La masa esférica y parda disparada en su contra le dobló las falanges y tomó otra dirección. Aterrizó mal, con un hombro, y extravió el aire de los pulmones. Después solamente vislumbró siluetas brincando y bailoteando a media cancha. El aduquín reverberaba desde esa posición. El calor del suelo al contacto con la piel le causó un estremecimiento. Pudo haber permanecido así, recostado, el resto del día, si no hubiera sido por alguien que vino a levantarlo.

Arriba, galán, dijo el Jaguar. Perdimos las camisetas.

Anselmo fue a buscar espacio en la banca. El codo le ardía. La región de la cara donde recibió el puñetazo estaba caliente e inflamada. Los muchachos no se hablaban entre sí. Nadie lo miró. Sólo el Jaguar le confirmó que había sido un buen lance. Se procuró asiento cerca de Anselmo y le preguntó si había jugado alguna vez en un equipo. Es decir, si había sido profesional. Anselmo cerró la boca. Estaba enfadado consigo. Así lo entendió el Jaguar y se dedicaron a ver el siguiente partido sin hablar. Al cabo de media hora el equipo de los profesores le había dado la vuelta a todos los otros.

El Jaguar le avisó que de nuevo era su turno. Esta vez los profesores estaban vestidos con playeras rojas del sindicato. Los muchachos se vieron obligados por primera vez a deshacerse de las camisetas negras.

Tú no, galán, dijo el Jaguar cuando notó que Anselmo se hacía bolas entre los botones de la camisa y la corbata. Eres el portero.

Se desvistieron y aquello fue un cuadro de torsos morenos y lampiños, con bastantes menos músculos que huesos afilados y costillas. Julia titubeó, pero al final se sacó la camiseta. Quedó en corpiño igual que una niña. Entró a la cancha cruzada de brazos. La rechifla y los aullidos que desató a su alrededor terminaron por abrumarla. Arrancó el juego y, sin embargo, Julia merodeaba más o me-

nos estática en su posición, viendo pasar la bola. Cuando corría, lo hacía con la cabeza lastrada al piso, como si estudiara un paisaje subterráneo debajo de los adoquines. Dejaba ir los pases para rematar, no iba tras la pelota, ni ejercía batalla o resistencia cuando defendían. El profesor que la marcaba desde el partido anterior no dejaba ir oportunidad para tener contacto con ella cuando pretendía hacerle marca.

El primer gol fue de Julia y cayó en su portería. Anselmo había salido a despejar de puños un tiro de esquina regalado como un caramelo, pero el balón se alargó a causa del aire hasta el segundo poste, que ella protegía. Las piernas de Julia se enredaron cuando pretendió sacar la pelota del fondo y apenas alcanzó a rebanarla con el pie, lo que produjo el efecto que la incrustó en la dirección errónea. Anselmo quedó muy cerca de ella al final de la jugada. Sintió su pecho agitado pegado a su abdomen. El vaho de su transpiración. Pudo ver sus ojos contritos ofreciéndole disculpas. El autogol, no obstante, era en lo último que él pensaba.

Los de las camisetas negras se habían rendido. Anselmo estuvo batallando en la portería veinte minutos más ante la metralla contraria. Sacó tantos balones como pudo en ese lapso y lo hizo de forma notable, pero fue tanta la incidencia de los otros y tanta la apatía de su equipo que terminaron vencidos. Los profesores celebraron como si aquello fuera la final de un mundial. Los muchachos refunfuñaron, se recriminaron las pifias unos a otros. Julia no quiso hablar con nadie mientras se vestía. Resentidos y fastidiados, llegaron al acuerdo de no jugar un partido más.

Fuera de la cancha Anselmo se examinó la ropa. Tenía la camisa percutida. El desgarrón en la manga la volvía inservible. El pantalón raspado en la rodillas como el uniforme de un escolar. Los muchachos recogieron sus camisetas y mochilas de la barda y el grupo se desgranó en diferentes direcciones. Anselmo quiso despedirse de ellos pero ya iban lejos. Intentó distinguir a Julia en alguna parte. Había desaparecido.

Cuando pretendió volver a ponérselo, se dio cuenta de que su saco no estaba donde lo dejó. Les preguntó a los profesores que aún esperaban turno para jugar. No vieron nada o fingieron no haber visto nada. Tampoco la carpeta con sus documentos se veía por allí. Se puso a buscar en el perímetro de la valla de cantera cuando por un altavoz se escuchó un llamado de alerta. Los jugadores se olvidaron del partido en el acto y el balón quedó abandonado ahí como

una boya flotante en mitad de un océano. La multitud de profesores del sindicato desatendió cualquier cosa en la que se hubiera atareado hasta ese minuto en cada uno de los campamentos, un mar de gente circulando aprisa pero sin perder el orden prefigurado para tomar posiciones en puestos estratégicos de vigilancia y carpas de campaña. Fue como ver un hormiguero replegarse en segundos.

El batir de los rotores de los helicópteros de la policía fue un redoble de tambores beligeros atronando en el cielo. Eran tres. Estaban estacionados a una altura inusual, demasiado cerca de las azoteas de los edificios del centro, casi estáticos, como pendidos del cielo por hilos de oxígeno, acechando. Las hojas y las ramas de los laureles de la India, los sabinos y eucaliptos crepitaron con la ventolera levantada por las hélices como si intentaran advertir algo en una lengua a los pobladores del asentamiento. Las hojas muertas ascendieron de la superficie en volandas, formando remolinos, mientras que la basura y los papeles sueltos se aplanaban contra las paredes de la catedral y los otros edificios. Se instauró una bruma polvosa a metros del suelo. Aquella polvareda se metía en los ojos y en la boca de la gente como una maledicencia y, mientras la multitud se agostaba en los socaires entre prisas y empujones, Anselmo, entumecido, fue el único que permaneció en medio de la plancha. La cabeza en dirección al cenit y una mano pegada a la frente como visera. El viento le sacudió los cabellos y le zarandeó la ropa haciéndola restallar con tal violencia que por un segundo, cuando abrió los ojos para contemplar el cielo, perdió el equilibrio.

Esos días anocheceía más tarde de lo usual. Abrió cada puerta y cada ventana del departamento para que entrara la tarde con el aroma proveniente del patio. La luz dorada hacía titilar el enramado prieto y toscó del toronjo y restañaba fulgores entre las claras hojas del pochote y el aguacatal como doblones sacudiéndose el verdín por el pecíolo. Se creaba la impresión de que una lluvia de oro se precipitaba en su patio a esa hora.

Anselmo se bañó luego del partido. Se cambió el traje percutido por una camiseta y unas bermudas limpias que lo hicieron sentir fresco. Era media tarde y Mariana no había vuelto del trabajo. Extrajo del congelador los dos filetes de cazón que habían comprado para la semana. Cuando el cazón estuvo descongelado en la tarja mientras él se bañaba, lo preparó a las finas hierbas. Por encima del

chisporroteo del sartén, una música de banda llegaba a ratos desde la calle con el viento y al poco se desvanecía.

Sirvió los platos en una charola y salió al patio. En una de las sillas de plástico colocó el servicio. Se tendió en la hamaca para comer a la sombra del árbol de toronjas. No había probado bocado desde que salió a la calle de madrugada. Terminó con todo en poco tiempo. Aún con hambre, hurgó en el refrigerador y encontró un pay de durazno. Puso un café con leche y se comió el pay de dos bocados. El bisbiseo de los árboles y de las chicharras aparecidas con las primeras lluvias lo arrullaron tan pronto como volvió a ocupar la hamaca. Quedó tan rendido que no se dio cuenta en qué momento lo venció el sueño.

Calculó que había dormitado durante al menos dos horas. Ni las huestes de mosquitos que emergieron con el atardecer para arponearle las piernas desnudas consiguieron despertarlo. No lo hizo sino hasta que oyó abrirse el candado del cancel exterior del edificio. Mariana apareció a contraluz, entre los rayos que se filtraban por las ramas de los árboles. La miró sin despegar los párpados, mitad dormido, mitad despierto. Mariana tenía la cara brillante y los mechones de cabello se le revelaban en el medio chongo que se había hecho para mitigar el calor. Cargaba su bolso en un hombro y un blazer ligero y arrugado debajo del otro. Antes de entrar al departamento se detuvo junto a la hamaca. Anselmo quiso que se recostara con él para recuperar el sueño con su cuerpo tibio entre los brazos. Estiró una mano para dárselo a entender pero ella declinó.

¿Cómo te fue?, dijo Anselmo sin abrir los ojos.

El tráfico está imposible en el centro, dijo Mariana. No hay autobuses, tuve que venirme a pie. Hay un plantón de maestros en el zócalo. Lo mismo de todos los años. Una lata.

Mariana cruzó el umbral. Dejó caer el bolso y el blazer a la entrada. Se escuchó el sonaje metálico del llavero contra la mesa de la cocina. Dilató unos minutos largos. Anselmo oyó el agua del depósito del baño y luego la corriente del lavamanos. El refrigerador abriendo y cerrando. Cuando Mariana regresó al patio traía consigo un vaso del té helado que él había dejado en el congelador. Fue a sentarse en el canto de la jardinera de ladrillos más cercana donde crecían algunos nopales, de modo que quedó frente a él. Se volvió a recoger el pelo y se abanicó el cuello con la otra mano. Depositó el vaso en el piso y jugó con las lascas con que la casera recubría la tierra de las plantas para evitar que los gatos callejeros orinaran en

ellas antes de extraer un cigarro de una cajetilla, encenderlo y dar una aspiración honda con las pupilas satisfechas, avasalladas por el infinito.

Soñé con esa canción del Istmo que te gusta, dijo él.

No la soñaste. De camino hacia acá hay un velorio.

Percibía la textura palpitante que la hilaza de la hamaca había grabado en su piel por haber dormido en la misma postura. También a Mariana la escuchaba como entre sueños. En cierto momento, Anselmo creyó verla quemar con la punta del cigarro una de las hormigas que trepaban por la jardinera en fila india. Se había interpuesto en su ruta y ahora danzaban perturbadas y en caos al no poder reencontrar el rastro. Mariana se recogió la falda hasta los muslos, se quitó las zapatillas y se cruzó de piernas para darse un masaje en los talones.

Hoy tuve una discusión en la escuela, dijo Mariana. Eso más el tráfico. Por eso se me hizo tan tarde. Un fastidio.

¿Qué pasó?

Es Inés, la niña que te conté. La que tiene TDA.

¿Está bien?

Sí, dijo. Ella cada vez está mejor. Pero los papás no pueden seguir pagando la colegiatura. El padre es del sindicato de electricistas. Ahora que desapareció la compañía se quedó en la calle. La señora no tiene sueldo, es ama de casa. Han dicho que no pueden pagar ya una escuela de educación especial para su hija.

¿Y qué harán?

Hubo una junta. Pedí que le dieran una beca. Es la más avanzada del grupo que asisto, se lo dije a su profesora.

Me parece justo, aprobó Anselmo con un asentimiento de la cabeza y se quedó así, mirando al cielo, todavía adormilado.

Anselmo sabía mejor que nadie que el sentido de justicia de Mariana no admitía amplios márgenes de movilidad. En una ocasión, por ejemplo, durante la temporada que recién había vuelto a México, Mariana consiguió un primer empleo como asistente de una profesora en un colegio privado para niños de preescolar con problemas de aprendizaje. Un día, la madre de uno de sus alumnos, un niño juchiteco con déficit de atención, organizó una fiesta de cumpleaños en el colegio. Era la esposa de un empresario minero del Istmo que se había trasladado a la capital para hacer atender a su hijo. La directora y las profesoras no tuvieron objeción en realizar la fiesta durante la hora del recreo. Era lo que se acostumbraba.

La madre trajo un pastel y gelatinas y hubo una piñata y muchos regalos. Sin embargo, había otro niño juchiteco en el grupo. Éste, según creyó entender Mariana, era primo del otro. Las familias, como no es raro de hallar en el Istmo, estaban peleadas a muerte por motivos pecuniarios. Una herencia o algo así. Era un niño también de Juchitán que iba un grado abajo que el otro, borderline, ligero retraso mental, de familia bastante más humilde que la de su primo. La madre que organizó la fiesta fue muy clara en lo tocante a que este otro niño, por ninguna razón, podía tomar parte de la fiesta. Y, por absurdo que le pareciera a Mariana, así sucedió. La madre, presente en todo momento durante la celebración del colegio, se encargó de que así fuera. Mariana intervino. Habló con ella sin éxito. Habló con su profesora titular y, al no encontrar oídos, fue a dialogar con la directora. Protestó. Los donativos que la institución recibía de parte del marido de la mujer juchiteca, no obstante, eran una moción de peso para no objetar el capricho. El niño borderline debió pasar el recreo entero y el resto de la fiesta en el salón, la vista baja, haciendo tiempo con la única compañía de Mariana. Cuando terminó el horario lectivo y con él la fiesta, Mariana volvió a casa enfurecida, sin dirigirle la palabra a nadie, y se encerró en su cuarto hasta el día siguiente.

Pasó el fin de semana y Mariana tuvo una sorpresa para sus alumnos. Sin pedir permiso a la profesora titular, y mucho menos a la directora, Mariana había llevado pastel, gelatinas, y una piñata idéntica a la que habían roto durante el cumpleaños del niño juchiteco. Todo pagado de su bolsillo. Los alumnos quedaron fascinados. La profesora, estupefacta. Tan pronto como llegó la hora del recreo, Mariana fue a traer al niño borderline que tuvo prohibido estar en la otra fiesta. Llamó a sus compañeros, incluido su primo, para que vinieran a festejarlo como si fuera, en efecto, su cumpleaños. Él estaba tan complacido y alegre siendo el centro de atención de ese día que ni siquiera hizo algo por desmentirla. Estaba rutilante.

Al finalizar la jornada, entre la euforia por el festín y la tremenda alharaca de felicidad de los alumnos del kínder, Mariana fue despedida. Entregó su uniforme y sus materiales de trabajo y abandonó aquella escuela sonriente y satisfecha. Mariana. De eso y más era capaz para ser consecuente con su idea de justicia.

Pero la rechazaron, dijo Mariana reanudando la conversación tras dar varias fumadas en silencio.

¿Qué cosa?, quiso saber Anselmo.

La beca, dijo. La beca para Inés. El consejo la rechazó. Dijeron que hay tolerancia cero en el pago de las cuotas y que no existe ningún tipo de beca. Lo de siempre. Que es una institución privada, no una beneficencia.

Qué putada, dijo Anselmo. ¿Y qué harán? Las otras escuelas a donde podría ir son igual o más caras.

Ya me las arreglaré, dijo Mariana meneando la cabeza. Lo voy a arreglar, vas a ver.

El contorno de la cabeza de Mariana se nimbaba con los reflejos postreros de la luz del atardecer. Los iris tornasolados como dos soles jóvenes. Todo a su alrededor parecía adquirir una iridiscencia votiva. Anselmo sospechó que no tardaría en dimanar una luz propia, mucho más vital y arropadora que la de la tarde que fenecía sobre ellos y que dispensaba con ese mismo halo cósmico incluso a los objetos más banales de su jardín.

¿Tú qué tal?, dijo Mariana de repente. ¿Conseguiste el trabajo?

Conocí a un italiano loco, dijo Anselmo desperezándose sobre la hamaca. Nos invitó a comer a San Agustín Etna. El domingo. Él y su mujer tienen un restaurante allá arriba, en el cerro. Dice que tiene una huerta donde cultiva vegetales orgánicos y un estanque donde cría carpas y truchas. No estaría mal visitarlos.

Mariana volvió a aspirar el humo del cigarro y reanudó el masaje de sus pies.

¿Es guapa su esposa?

A ella no la conocí.

Etna queda lejos de todas formas. No tenemos cómo llegar.

Antes decías que te gustaría vivir allá. Cómo llegar es lo de menos.

¿Es guapo el italiano?

Los ojos de Mariana, en efecto, apuntaban hacia Anselmo, pero estaba tan abstraída que no lo miraban de verdad. Observaba a través de él. Sólo cuando alguna palabra la traía a tierra igual que un conjuro, la sustancia ida volvía a gobernar su cuerpo.

Me lo encontré afuera de la escuela, dijo Anselmo. Después de la entrevista.

Entonces te dieron el trabajo.

Sí... Bueno, no. No lo acepté. Conseguí uno mejor.

Mariana abandonó el cigarro al filo de la jardinera, encorsetó la columna y prestó entonces completa solicitud a lo que él tenía que

decirle, por más absurdo e incomprensible que pudiera ser. Anselmo se sujetó a la parte rígida de la hamaca para sentarse sin perder el equilibrio antes de detallar la situación. La sangre le volvió a las extremidades y resintió el escozor de los piquetes de mosquito que había recibido mientras dormía.

Roberto me ofreció trabajo.

Mariana, incrédula, arrugó la cara.

¿Quién?

Roberto, el italiano del restaurante.

¿Eso qué significa?, indagó escéptica tras una pausa dubitativa que volvió a abducirla de cualquier nexo terreno. ¿Vas a trabajar de mesero?

Mucho mejor.

Anselmo se precipitó hacia delante para hacerse entender y lo único que provocó fue que la hamaca se estremeciera. Debió aferrarse con ambas manos para no caer de boca.

Quiere que le demos clases particulares a su hijo. Problemas de aprendizaje.

Mariana pestañeó como si pudiera así alejar la confusión.

¿Nosotros?

Ajá, dijo él satisfecho. Tú y yo.

Mariana cogió el vaso con té del suelo y le dio un trago. Se quedó examinando el contenido a través del cristal. Las partículas de clavo y jengibre se arremolinaron como astillas de un naufragio microscópico frente a sus ojos.

Ya veremos, dijo ella. Hace mucho que no doy terapia.

Cuando pronunció esto último, Anselmo supo que había perdido su interés.

El niño tiene dificultades de aprendizaje, insistió. Lo han expulsado de un montón de escuelas. Es tu especialidad.

Sí, bueno. Pero, ¿y tú?

Yo puedo acompañarte.

Mariana miró de pronto a Anselmo como si hablara en un dialecto peregrino. El silencio fue el tercer habitante en el departamento. Un habitante incómodo.

El aroma de las toronjas, el sahumero de las buganvillas, el sonido de los grillos desplazando gradualmente en número al de las chicharras y el picor en las fosas nasales del bálsamo carbonoso de un horno de leña que arrastraba consigo el aire desde varias azoteas a la lejanía, eran señales que vaticinaban la proximidad de la noche.



Mariana recuperó el cigarro de la jardinera y dio la última bocanada antes de extinguirlo contra el adoquín. Refrescaba.

¿Te sobró dinero?

Como Anselmo no contestó, Mariana le mostró las palmas de las manos vacías.

¿Surtiste la receta?, insistió. Casi no me queda insulina.

Perdí el saco. Allí traía el dinero.

Silencio.

Mariana suspiró.

Anselmo, dijo ella en tono suspicaz aunque exhumado de cualquier ánimo reprobatorio. ¿Volviste a tomar?

El aire les trajo nuevamente una melodía en rachas y desde la calle retornó el verso de la canción que Anselmo había creído oír en sueños. Escucharon atentos. Mariana cantó entre dientes. La brisa amainó su ímpetu desvaído y la música se eclipsó con ella al cabo de un rato. Ella recogió el vaso y las zapatillas de las baldosas y se puso en pie. Anselmo hizo lo mismo para alcanzarla y los terrones de arena suelta de las jardineras y el zacate recortado entre los bloques de adoquín le picaron en las plantas de los pies y entre los dedos. Pretendió abrazar a Mariana cuando la tuvo cerca.

No, Anselmo. Estoy muy cansada.

La vio desaparecer en el interior del departamento. Encendió una luz. Él regresó a su hamaca y se acostó boca arriba, los brazos cruzados bajo la nuca como almohada.

Cuando despertó, horas después, en mitad de la oscuridad y a la intemperie, era de madrugada. No recordó de momento dónde se hallaba y el balanceo de la hamaca al erguirse lo sobresaltó. La puerta del departamento seguía abierta pero las luces estaban apagadas. Tenía los pies fríos. Se levantó, caminó bamboleándose hasta el cuarto. Se metió al colchón. Hacía mucho que Mariana dormía. Su cuerpo era una fuente de calor entre las sábanas. La abrazó despacio por la espalda para no turbarle el sueño. Entrelazó los dedos de ella a los suyos. Se amoldaron perfecto. Mariana renegó, aunque sin despertarse.

Esa noche Anselmo tuvo sueños tranquilos y placenteros.